

HISTORIA DEL GRUPO

I ¿POR QUÉ UNA HISTORIA DEL GRUPO?

Voy a tratar de hacer una especie de historia del grupo.

Desde hace un tiempo, he hecho ya algunas de estas historias pero, este año, dos circunstancias me han impulsado a retomar esta iniciativa. Además, el hecho de poder grabar mi exposición hace que estas cosas sean más reales que si simplemente se toman unas notas.

Hay dos circunstancias que me han impulsado a retomar esto con vosotros, con algunos de vosotros: la primera es porque he sabido que algunos camaradas empezaban a hablar de recuerdos y, en particular, de su relación con el grupo. Pienso en Soulages y en Rosset ⁽¹⁾

(1) Nota de Dominique Lerch (en adelante, DL): Gérard Soulages (1912 - 2005), antiguo seminarista, excluido por sus lecturas modernistas; profesor de primaria y después profesor de filosofía. Tras enviudar, se casa de nuevo y tiene tres hijos. En noviembre de 1972, abre el Coloquio Fidelidad y Apertura con el apoyo de Gabriel Marcel, Jacques Perret, los padres Congar y de Lubac, el cardenal Daniélou, etc. Frecuenta asiduamente el grupo Légaut antes de la Guerra y después entre 1951 y 1979.

Gabriel Rosset (1904 - 1974), estudia en la Escuela Normal de maestros de primaria de Saint-Cloud entre 1925 y 1927, donde conoce a Légaut y a Édouard Cœurdevey y entra en su «Nube de fuego». En su texto-testimonio de 1969, *Notre-Dame des Sans-Abris y Antoine Martel*, da más importancia a Antoine Martel que a Légaut o al padre Portal. Su vida célibe se consagra a la enseñanza en Lyon y a remediar la situación de los sin techo, especialmente norte africanos, desde 1951. Rosset se orienta hacia el integrista influido por los padres de la comunidad de Chabeuil (en la Drôme) y cesa de participar en la vida del grupo Légaut a partir de 1931. En 2017, se abre un proceso de beatificación de Rosset en Roma.

Por su parte, Antoine Martel (1899 - 1931), obtiene el título de agregado en letras en 1920, a la edad de 21 años. Estudioso del ruso, conoce a M. Portal que lo orienta hacia el conocimiento del mundo ortodoxo y de sus proyectos unionistas. Enseña ruso y polaco en Lille desde 1927 y fallece en 1931.

Hace ya algún tiempo, algunos meses, Soulages propuso a Cuénot hacer una especie de relato de la relación de Teilhard con el grupo que se suele llamar «grupo Légaut». Me envió su versión y yo le negué mi *imprimatur*. Aquello parecía más un reportaje tipo *Paris-Match* que algo realmente serio. Se lo dije a Soulages. Le expliqué que no era así como se debían presentar las cosas porque, para empezar, había muchas inexactitudes y, además, el ambiente reinante no se traslucía. Soulages valoraba mucho su exposición y, aunque aceptó que no apareciera en los *Cuadernos Teilhard de Chardin* de la colección Seuil, tuvo la idea genial de publicarlo en la hoja belga de la competencia, tal como he visto este año. Esto presentaba un pequeño inconveniente, no demasiado grave, salvo para los historiadores futuros cuando, dentro de trescientos años, algunos estudiantes quieran escribir la historia inédita de algo sobre lo que no se haya hablado hasta la fecha ⁽²⁾. Evidentemente, si encuentran el topo de Soulages, dirán: « — Aquí está lo que buscábamos». Y quizá construyan una bonita historia pero ésta no tendrá nada que ver con la realidad.

El segundo camarada es Rosset. Su caso es mucho más serio. Ya sabéis que Rosset había profesado un culto muy especial a Martel, del que se había investido, por decirlo así; y, en uno de los últimos números de *L'Arche*, hizo un primer esbozo de la vida de Martel. Hay que reconocerlo: Rosset conoció muy poco a Martel, de modo que, para engordar su artículo, añadió sus recuerdos del grupo. Pero, evidentemente, en la medida en la que Martel aparecía como el centro del grupo, sus perspectivas eran un poco falsas, por decirlo así. Por eso insistió mucho en lo que el grupo le dio a Martel y en

⁽²⁾ Nota de Domingo Melero (en adelante, DM): “*Dentro de trescientos años*”. En 1963 Légaut participa, junto con otras cuarenta firmas, en un homenaje a Jean Guitton. El título de su escrito es: “*Dentro de doscientos años cuando un nuevo Bremond...*” La coincidencia de las dos expresiones indica una preocupación de por entonces, de Légaut. Ver el texto de Légaut sobre Guitton en el *Cuaderno de la Diáspora* 16 (www.marcellegaut.org).

lo que Martel le dio al grupo. La verdad –como os diré más adelante– es que Martel estuvo en el grupo pero simplemente recibió un poco del grupo y ciertamente también dio un poco al grupo. Sin embargo, la vida profunda de Martel, su acción y su influencia se dieron más allá del grupo y en direcciones que no coincidían exactamente con las del grupo. Por otra parte, como sabéis, Rosset creyó encontrar en los padres de Chabeuil, que son unos integristas notorios de nuestro departamento, una renovación de la espiritualidad que él creyó descubrir en el grupo al comienzo. En su artículo, sacó la conclusión de que, en definitiva, después de la muerte de Martel, todo se desintegró rápidamente y que no quedó nada del grupo después de 1931.

Pues bien, en este caso, un historiador que quisiera saber un poco qué fue lo que pasó y que intentara confrontar los dos documentos (el de Soulages y el de Rosset), se encontraría a caballo entre dos sillas y ni la silla de la derecha ni la de la izquierda le ayudarían a descubrir qué fue lo que pasó de verdad.

Por eso he pensado que sería bueno que yo os hablase a fondo, haciendo un esfuerzo de memoria mayor del que he podido hacer cuando os he improvisado algunos *topos* ⁽³⁾ sobre el origen del grupo. Dichos topos, los hice sobre todo para hacer comprender, a los jóvenes que venían al grupo, lo que vivimos en un principio, cuando nosotros también éramos jóvenes, y no tanto para que comprendieran por dentro una historia que, pese a todo, tenía cierto interés por el hecho mismo de que habíamos vivido de ella, unos y otros, en profundidad.

Por otra parte, ya tengo 62 años y ya empiezo a envejecer. Ciertamente, hay un olvido que poco a poco irá enterrando,

⁽³⁾ Nota de DM. “Topo”: término del argot universitario francés; designa una charla de unos 45 minutos, en un clima de confianza, ante un grupo no muy numeroso, sobre un tema, tras de la que se abre un coloquio.

bajo la corteza de la vejez, muchas cosas que todavía retengo ahora en la memoria, más o menos. Por eso es útil que, a mi edad, os hable de cosas que, ciertamente, serán incompletas por el hecho mismo de que algunas ya han caído en el olvido pero, en cualquier caso, me parece que, para la reflexión, con todo el trabajo de rememoración que he hecho desde hace algún tiempo, no dejaré en la sombra las cosas verdaderamente importantes de la historia del grupo.

En fin –hay que decirlo también–, esta historia es una historia muy viva, muy personal, y por el hecho mismo de tener que digerir muchas cosas, era necesario que pasara un tiempo entre lo que se vivió y lo que ahora os puedo decir porque constato, por algunas reflexiones íntimas mías, que a cualquier persona le pasa que hay cosas que no le gusta recordar; cosas que, en cierto modo, le impiden el recuerdo cuando llega la hora de hablar de esas cosas. Sin embargo, yo ya he llegado a una edad no diré que de una completa pacificación de las pasiones pero, en fin, en cierta medida, sí; de modo que puedo poner cierta distancia entre lo que he vivido y lo que vivo actualmente, y esto permite juzgar con más serenidad lo vivido antaño.

Debo añadir, por otra parte, que este trabajo de rememoración es un trabajo arduo; un trabajo complejo; es del orden de la alegría pero también del orden del sufrimiento porque los viejos recuerdos, algo momificados, cuando uno se pone a querer recordarlos, retoman vigor, retoman sangre, retoman carne y, en la medida en la que todos ellos no son sólo recuerdos alegres sino que son también recuerdos penosos (penosos justo en la medida en que alcanzan el fondo del ser), el hecho de recordarlos crea, en aquél que los recuerda, un cierto estado emotivo que es complejo.

Así pues, voy a tratar de ser verdadero con vosotros. Os diré todo lo que yo os puedo decir. Os puedo prometer que todo lo que os voy a decir es verdad. Pero es evidente que no

os puedo decir todo lo que pasó porque no soy yo el único implicado. Por otra parte, voy a tratar de ser simplemente viviente, objetivo, incluso un poco más que objetivo, vivo; pero, sin embargo, espero no llegar a ser demasiado vibrante.

Evidentemente, en este terreno, dado que juego un papel importante, incluso central –digámoslo sencillamente–, hablaré mucho de mí. Para hacer comprender bien el fondo de la cuestión, no hace falta que me remonte hasta el Diluvio pero sí que debo remontarme hasta un punto inicial bastante alejado. He pensado que lo más sencillo es empezar a hablar primero, en una primera parte, de mi situación humana en el momento en que entré en la Escuela Normal Superior. Por consiguiente, en 1919.

2. SITUACIÓN HUMANA Y RELIGIOSA ANTES DE 1919

Mi juventud fue extremadamente feliz. Una familia sin historia, muy regular, laboriosa, ahorradora. Fui por tanto muy feliz entre los míos. Tuve un hermano, no tuve una hermana. Toda mi juventud se centró en los estudios. Fue una juventud a la vez feliz y severa (severa cuando la comparo con la de ahora). Nunca salía de casa. Salíamos de paseo los domingos, con todo lo que esto implica de regularidad y de aburrimiento latente, si no explícito. Mi padre era matemático y me seguía muy de cerca en esta área. Heredé sus capacidades. Por consiguiente tuve una formación matemática absolutamente avanzada: mi padre, casi siempre, me hacía estar en un grado más avanzado del que yo seguía en el Liceo. Por eso siempre era el primero en matemáticas que, por cierto, se me daban muy bien. En cambio, como era extremadamente flojo en letras, en particular en ortografía, sentía –como suele suceder en los medios científicos– un desprecio absoluto por las cosas de letras, de suerte que no me interesaban. Nunca fui, pues, un buen alumno... Era

muy bueno en ciencias y muy malo en letras. Esto es importante que se comprenda bien.

Mi historia religiosa, hasta los doce años, no tuvo nada de particular. Tuve una primera época religiosa totalmente normal, sin ninguna cuestión. Hice una primera comunión en excelentes condiciones, en la parroquia de San Francisco de Sales, con unos sacerdotes muy religiosos ^(†). Fue una comunión que ciertamente marcó mi vida. Fue la primera y, evidentemente, la hice en un clima religioso e interior que heredé de mis padres, sobre todo de mi madre y también de mi tía.

La primera vez que mi religión se convirtió en algo un poco más personal (aunque ya lo fuese en mi primera comunión) fue entre los 14-15 años, concretamente en 1915, cuando mi padre y mi madre me mandaron a vivir con mi abuela porque reclutaron a mi padre. En aquel momento, mi padre pertenecía a la reserva territorial y estaba destinado en Bretaña, en Sizun, en lo más remoto de Finisterre, y yo me quedé solo con mi abuela. Entonces fue cuando tuvo lugar mi despertar sentimental y también mi despertar a una vocación religiosa. Me acuerdo que todas las mañanas, antes de ir al colegio Chaptal, que entonces estaba en el barrio de Saint-Ouen, entraba en la iglesia y allí, durante algunos minutos, meditaba. En aquel tiempo quise ser sacerdote. Mis padres se opusieron y me dijeron: « — Primero aprueba la agregación y después ya veremos ». Me sometí enteramente a sus disposiciones que, por otra parte, fueron muy sabias y que ahora les agradezco. En definitiva, aquel principio de vocación, que fue muy real, en equilibrio con mi despertar escolar y en contrapartida con el despertar de mi corazón, permaneció latente y

(†) Nota de D.L.: Poco después del paso de Légaut por la parroquia de san Francisco de Sales, del distrito 17 de París, ésta contó como sacerdote al padre Eugène Loutil (1863 - 1959), escritor conocido bajo el pseudónimo de Pierre l'Ermite. Representante del catolicismo intransigente, publicó 3.000 crónicas en *La Croix* y redactó 29 libros con una tirada total de más de 3 millones y medio de ejemplares.

prácticamente desconocido, sin una percepción precisa, durante muchos años, hasta mi entrada en la Escuela Normal.

El tiempo de la primera juventud, desde los 15 hasta los 18-19 años, es cuando un muchacho trabaja más al verse cogido por el engranaje de las clases finales y de las clases preparatorias de los exámenes. Bachillerato: 1916. Segundo bachillerato: 1917. Politécnico: 1918. Normal: 1919. Muy cogido por mis estudios, en aquel tiempo viví, si no un vacío religioso, sí una cierta pasividad. Aquellos años, de los 16 a los 18, fueron años de los que, por así decir, no conservo ningún recuerdo religioso en particular. Sin embargo, conservo algunas ideas. En especial me acuerdo de mi interés espontáneo por los textos espirituales, en particular por *La imitación de Cristo*. Recuerdo que, cuando iba al colegio Chaptal, a una media hora larga de casa, de camino, leía el Kempis un poco y lo meditaba para pasar el tiempo. De manera que, en 1919, entré en la Escuela Normal Superior siendo una persona religiosa, pero más de forma implícita que explícita, y siendo, sobre todo, un científico. Quería hacer matemáticas y me sentía muy atraído por la investigación matemática hasta tal punto que, cuando en 1918 me admitieron en el Politécnico, tras 6 meses de iniciación, dimití de dicho ingreso para presentarme a la Escuela Normal al año siguiente. Menos mal que, al año siguiente, me aceptaron en la Escuela gracias a que hubo algunas dimisiones de admitidos. Había suspendido mi prueba y, si algunos de los que aprobaron el ingreso en la Normal no hubieran aprobado al mismo tiempo el ingreso en el Politécnico y no hubieran optado por él, me hubiera quedado plantado... Ésta es, pues, la segunda parte de la historia, la que define exactamente la situación humana y religiosa en la que me encontraba en 1919.

